

# Babú

Roy Berocay

loqueleg

El que tuvo la idea fue el mono viejo.

7

Estaba ahí, en su jaula, quietito, mientras los otros monos jugaban y chillaban. Era un mono viejo y por eso era el único que recordaba la selva. Aquella sensación de libertad, el aire tibio, la lluvia, los ríos que a veces corrían furiosos entre los árboles. Entonces el mono viejo, que con el paso del tiempo se había convertido en el jefe, al que todos llamaban Babú, miró los barrotes de su jaula.

Y tuvo la idea.

—Tenemos que escapar —dijo bajito, la primera vez, y se puso de pie.

—¡Tenemos que escapar! —chilló luego a todo pulmón levantando sus largos brazos.

Los demás monos dejaron de jugar y se miraron entre ellos. ¿Qué es eso de escapar? ¿Escapar adónde? ¿Para qué? Algunos pensaron que Babú ya era demasiado viejo y que seguro estaba un poco loco. ¡Todos sabían que nadie podía escaparse de aquel lugar!

—Tienen que escucharme —les dijo Babú—. Estamos acá, día tras día, sin hacer nada más que comer y dormir.

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó un mono joven que buscaba piojos entre los pelos de su madre.

—No podemos salir —aseguró Babú seriamente—. No podemos hacer lo que queremos.

—¡Sí que podemos! —intervino una mona—. Podemos dormir cuando queremos, comemos todos los días...



—¡Y nos trepamos! —dijo el mono joven, se alejó de su madre y subió rápidamente por el alambrado del costado, saltó y quedó colgado cabeza abajo de una hamaca armada con cuerdas. Los demás monos rieron.

10 —No podemos salir —insistió Babú.

Él pensaba en los árboles altísimos, el alboroto increíble que hacían los monos en la selva cuando sentían peligro. Sonrió. Recordaba cómo sus mayores arrojaban frutas para pegarle al tigre que les rugía desde abajo. Recordaba también las burlas que le hacían y el enojo del tigre cuando se cansaba y se alejaba, jurando que algún día volvería para cazarlos.

Sin embargo, no había sido el tigre, sino el hombre, el que lo había cazado. Babú lo recordaba: un ruido fuerte, como una explosión, y después un golpe en su brazo. No

había más recuerdos. Cuando despertó, estaba en una jaula; y muchos días después, en otra jaula más grande, con decenas de monos asustados, igual que él.

Desde entonces vivía en esa misma jaula del zoológico y todos los días le parecían iguales. Los cuidadores a veces eran buenos con él, porque era viejito y le daban más comida. Los humanos pequeños, que venían los fines de semana, lo ignoraban. Él no hacía monerías, no saltaba del columpio, no se colgaba de la cola, no se arrimaba a los barrotes para extender una mano pidiendo caramelos como hacían los demás.

Babú se quedaba allá, en el fondo, muy quieto, soñando con la selva. Esperando. Y ahora estaba apurado por escapar. A lo mejor era que estaba viejo y sentía que ya no tenía mucho tiempo. Quizá era nomás

como decían los otros monos cuando murmuraban que “el viejo está mal del coco”.

—¿Y adónde vamos a ir? —le preguntó al rato un monito de piel más oscura y cara muy cómica, al que todos llamaban Pulguita.

12 —Lejos —contestó Babú—. Muy lejos, a casa.

—¿Casa? —Pulguita no entendía, siempre había vivido allí, en la jaula. Para él, el mundo era ese lugar medio apretado, donde comía, dormía y a veces, cuando los mayores no miraban le tiraba pedazos de caca a los otros y se escondía, muerto de risa.

Esa noche, cuando todos dormían, los ojos de Babú brillaban en lo oscuro. Escuchaba el sonido de la ciudad de los humanos, el ruido que hacían esas máquinas que el hombre usaba para viajar,

las voces que llegaban desde el otro lado del muro cercano.

De pronto Babú escuchó un sonido fuerte. Se levantó y trató de escuchar mejor. ¿Qué era eso? Sonaba como un gran animal ronco. Despacito se trepó a los barrotes, estiró sus largos brazos y se colgó del fierro más alto para espiar por encima del muro.

13

Entonces lo vio. Era un enorme vehículo rojo, que tenía como una gran casa atrás: un camión de carga, con una larga zorra cubierta por una lona. El camión había estacionado en la calle justo al otro lado del muro. Allí, a unos pocos metros de la jaula.

Babú hizo un enorme esfuerzo y se acordó de algo importante. Era solo una imagen lejana, pero estaba seguro: la

última parte de su viaje la había hecho en un vehículo así.

14 Se sintió feliz. Solo eran unos pocos metros hasta aquella máquina. Y como era muy inteligente, se daba cuenta de que la única manera de irse era haciendo lo mismo que cuando había venido, pero al revés.

Se bajó. ¡Ah, si solo hubiese una manera de abrir la puerta!

Agarró los barrotes con sus manos y los sacudió. Nada. Era imposible salir. ¡Imposible! Babú se sintió triste y pensó en irse a dormir.

Pero de pronto escuchó una voz. La voz cantaba.

Se paró de un salto y se colocó junto a los barrotes. Allá, bajando por el camino, venía el viejo cuidador. Babú lo miró y sintió algo extraño. Ese era el hombre

que venía por las mañanas y les daba de comer; el hombre que abría la puerta cuando los que vestían de blanco venían a curar algún mono enfermo; el hombre que abría la puerta y la cerraba, con un objeto pequeño y brillante.

15

